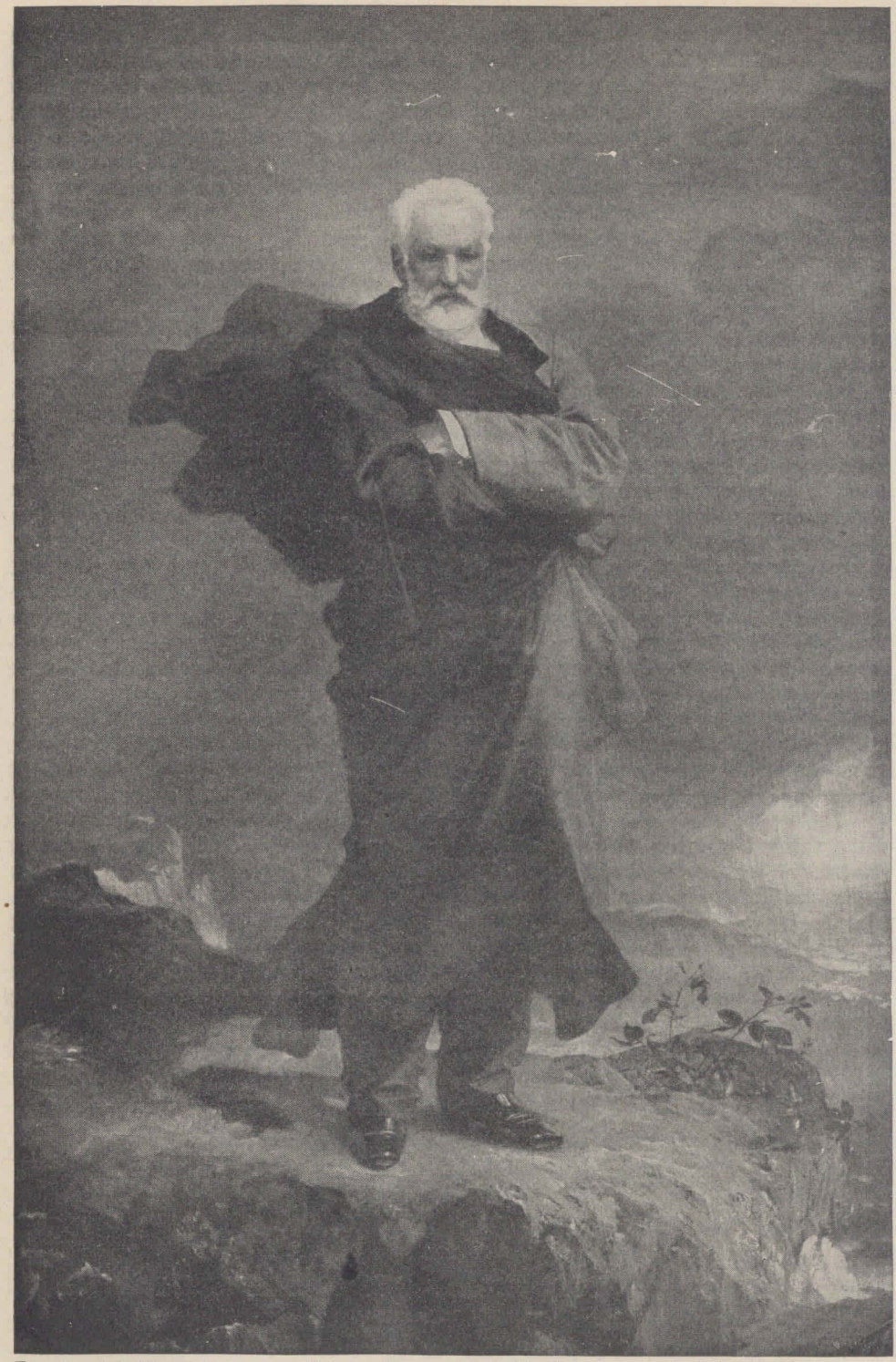
EL DESTERRADO MIRANDO HACIA SU PATRIA



En este admirable cuadro vemos a Hugo en las rocas de la Isla de Jersey, tendiendo la mirada por encima de un mar tempestuoso, hacia las costas de su querida Francia.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

VÍCTOR HUGO, NIÑO TODAVÍA, VELANDO A SU MADRE ENFERMA, ESCRIBE UNA ODA

VÍCTOR HUGO, EL FAMOSO POETA Y NOVELISTA

QUE ODIABA A LOS TIRANOS Y AMABA A LOS NIÑOS

UNO de los más grandes escritores de los tiempos en que eran niños nuestros abuelos, fué, sin disputa, Víctor Hugo, el hombre de potente cerebro, de tierno corazón, que consiguió grabar para siempre su nombre en la memoria del género humano.

Miradle en su primer acto público, donde, con altruísmo inconcebible, defendió a su propio hijo.

Carlos, hijo del gran poeta, sentía tanto horror como su padre a los tormentos, y en cierta ocasión en que tuvo lugar en Francia una ejecución acompañada de dolorosas escenas, Carlos escribió un artículo de protesta en un periódico de los más importantes. Prontamente fué detenido y llevado ante el Tribunal. Su padre fué el defensor.

—Si hay un culpable, en este asunto —dijo—soy yo, y no mi hijo. Sí, soy yo, porque durante un cuarto de siglo no he cesado de inculcarle el odio a la pena de muerte. Soy yo, repito, que nunca he dejado de defender la intangibilidad de la vida humana. . . .

Brillante fué el discurso de aquel grande hombre; pero su hijo fué condenado a seis meses de prisión.

La pluma de Víctor Hugo estuvo siempre al servicio de los infelices, que se hallaban bajo el peso de una sentencia de muerte.

Escribió protestando de esta pena al gobierno británico, a fin de salvar la vida de un hombre; escribió al gobierno americano, y escribió a Suiza, donde fué más afortunado, pues gracias a sus artículos, en la bella Helvecia fué abolida la pena capital.

Con esta idea de su batallar en pro de la clemencia, empezamos la biografía de Víctor Hugo.

Víctor María Hugo, vió la primera luz en Besançon (Francia) el 26 de Febrero de 1802. Si bien cuando él nació su familia contaba ya con títulos de nobleza, no debe dejarse de notar que su padre subió de simple soldado a general en tiempos de Napoleón.

El padre era, desde luego, republicano. La madre era realista, devota y buena. Hugo heredó la fuerza y el genio de los dos, si bien era débil, tan débil que en los albores de su vida creyeron que no podría vivir. El tierno cuidado de su madre le salvó, y jamás pudo el poeta olvidar aquel maternal amor que más tarde cantó en un hermoso poema.

El niño Víctor y su madre acompañaban a las fuerzas militares de las que formaba parte su padre; y de esta suerte, siendo todavía un muchacho, viajó por toda Italia y aun llegó a tomar parte en algunas de las batallas que en aquel país tuvieron lugar.

Después siguieron dos años de tranquilidad, en los que el pequeño Hugo siguió sus estudios bajo la dirección de un buen hombre llamado Lahorre, a quien más tarde el gobierno republicano puso preso y decapitó. Tan terrible suceso hirió en el alma a nuestro Víctor; y toda su vida la pasó oponiéndose a esta forma de castigo.

Por entonces conoció a una agradable y dulce niña llamada Adela Foucher; y como tanto ésta como su madre atribuyeran al régimen republicano la muerte de Lahorre, Víctor llegó a creer que la pena capital era sólo patrimonio de dicha forma de gobierno, y se hizo realista como su madre.

VÍCTOR HUGO EN SU INFANCIA CON SU AYO

El general Hugo era un padre prudente y un buen soldado, marido amante y nada celoso de que su hijo aceptase las ideas de la madre.

—Dejémoslo al tiempo—se dijo.—Si el niño comparte las ideas de la madre, el hombre tendrá las del padre.

Este pensamiento fué una profecía.

Cuando sólo contaba nueve años de edad, Víctor fué mandado a un colegio de España y allí el cerebro del niño empezó a dar sus primeros frutos.

A la edad de diez años escribió sus primeras poesías.

Tras un año de estancia en España, Víctor regresó a París donde vió pasar tres felices años consagrados al estudio bajo de la dirección de su madre.

Grandes y terribles sucesos ocurrieron entonces en Francia. Napoleón quedó vencido, después de alcanzar un poder casi increíble; fué hecho prisionero y deportado a la isla de Elba, donde Víctor Hugo había pasado algún tiempo de su infancia.

Napoleón consiguió escaparse y volver a Francia, donde solamente logró imperar tres meses. Entonces fué cuando se dió la Batalla de Waterloo, que anuló a Napoleón para siempre.

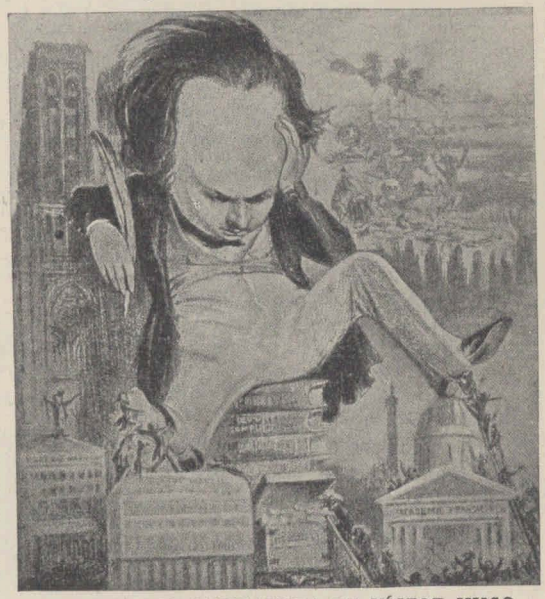
Si no hubiese sido vencido, seguramente jamás hubiéramos oído hablar de Víctor Hugo, porque suponiendo su padre que la guerra continuaría, decidió que su hijo fuese soldado. Tal vez Víctor Hugo hubiera llegado a ser un gran general, pero le hubiéramos perdido como literato.

Después de Waterloo, Víctor comenzó a dar pruebas de su mérito. Entre la edad de trece y diez y seis años probó que era ya un prodigio de precocidad; había ya escrito en toda clase y formas conocidas de poesía.—Odas, sonetos, elegías, poemas, imitaciones de los clásicos, e incluso fábulas, historias, epigramas, acrósticos, acertijos y hasta una ópera cómica. Al llegar a los quince años tomó parte en un concurso para conse-

guir el premio de la Academia Francesa, el más alto a que, en aquel entonces, podía aspirar un poeta.

Dejó perplejos a los jueces que no sabían qué hacer con el poema de Hugo, pues se resistían a creer que fuese la obra de un muchacho de quince años.

El tema puesto a concurso era: « La felicidad derivada del estudio en toda situación de la vida ». El tema era en realidad importantísimo, y cuando se dijo que era obra de un niño no pudieron creerlo. Víctor mandó su certificado de nacimiento, pero llenos de estupor, los jueces temían darle el premio, y así lo dieron a otro poeta más viejo, concediendo a Víctor sólo una mención honorífica. En tanto, en la Academia de Toulouse conseguía tres premios, y a la edad de diez y ocho años era ya miembro de ella.



UNA FAMOSA CARICATURA DE VÍCTOR HUGO

Se le ve sentado sobre las torres de Nuestra Señora de París, de los teatros y de toda la bulliciosa vida parisién que tan bien supo describir, mientras los editores arrojan el dinero a sus pies.

Víctor tenía dos hermanos, y con su ayuda fundó entonces un periódico. Su primer gran dolor lo sufrió con la muerte de su madre, cuando Hugo contaba diez y nueve años. La compensación a aquella inmensa desgracia, sólo podía ofrecérsela Adela Foucher y a ella acudió, haciéndola su mujer al cabo de un año.

Hugo tenía entonces veinte años. Ella era más joven.

Acababa de publicar un libro de poesías, por el que le dieron 175 pesos oro. Con cariñosa generosidad gastó todo aquel dinero en un chal de cachemira para su novia. En el equipo de boda de ésta, aquella era la única prenda de importancia. Al año siguiente, escribió su extraño libro « Han de Islandia ». Era una especie de leyenda que relataba su vida hasta entonces.

A partir de este momento, entró de lleno en la carrera literaria y con su actuación mudó el carácter de la literatura en Francia.

Él señaló el camino que los demás siguieron, rompiendo con la vieja y arcaica escuela.

Los poetas se habían aferrado a los estilos antiguos, de forma que todas sus producciones eran artificiosas y fuera de la realidad.

Hugo abandonó las formas añejas, para tomar estilos nuevos que encajaran perfectamente en la índole del tema.

Habló de la naturaleza, de la humana naturaleza y de todas las circunstancias que rodean la vida del hombre; sus ambiciones, sus luchas, sus tentaciones, sus victorias y sus derrotas...

En sus novelas hizo un cambio tan grande como en el precedente género de literatura; pero en la novela siguió a Walter Scott, padre de la novela romántica. También introdujo sus nuevas ideas en las piezas teatrales que compuso, mas éstas fueron menos importantes.

Pero nada se puede cambiar en el modo de ser de la sociedad sin levantar grande oposición. Algunas obras suyas fueron suprimidas por las autoridades, otras causaron violentas discusiones entre sus admiradores y los críticos, de suerte que en los teatros donde se representaban sus obras se peleaban verdaderas batallas. Incluso duelos se concertaron por tales discusiones.

Víctor Hugo visitó con frecuencia al rey, Luis Felipe, que en una ocasión no rehusó servirle él mismo de criado alumbrándole hasta la puerta.

En realidad, llegó un tiempo en que Hugo no necesitaba escribir; Luis XVIII le había concedido una modesta pensión, de suerte que el trabajo no era para él una necesidad. Pero llegó un día, en que su pensión fué suprimida, y hubo de acceder a las peticiones de un editor que le contrató para escribir una novela, en un número determinado de días.

Es curiosa la manera como hizo aquel libro.

Se compró un grueso paletó gris de tejido basto, y con él se cubría desde la cabeza hasta los pies. Mandó que fueran encerrados todos sus trajes; adquirió una grande botella de tinta y comenzó a trabajar. Sus amigos, que acudían a su casa, solían penetrar en la habitación para oirle leer en voz alta lo que escribía. Formaron desfavorable juicio del nuevo libro de Hugo, al que éste quería titular «El contenido de una botella de tinta», pero ¿sabéis qué libro era aquél? Era «Nuestra Señora de París», novela sectariamente tendenciosa, de las más famosas del mundo, que refleja la vida de París del tiempo antiguo.

A continuación de él, y ya más satisfecho de su obra, escribió «Los Miserables» y «El Noventa y tres». En los tres libros se retrata la vida del hombre destinado a luchar contra las adversidades de la vida. El primero describe la lucha contra los fanatismos; el segundo es una exposición de la crueldad que puede infligir la civilización; y el tercero, representa el continuo combate entre la voluntad del hombre y las fuerzas de la naturaleza.

Hugo amaba con pasión a los niños. En su última gran novela «El Noventa y tres» figura uno de los más hermosos cuadros de

La casa de Víctor Hugo, atacada por los comunistas, por haberlos censurado severamente en sus escritos.

la vida del niño. Es una historia del año 1793, terrible año de la Revolución Francesa, y durante él va tomando incremento una horrible guerra en los bosques de la Vendée. Hay en el bosque un castillo, donde viven tres encantadores niños, cuyo padre es un marqués, a quien los revolucionarios intentan matar. Vese a los pequeñuelos felices, e inocentes criaturas, jugueteando durante todo el día, bien ajenos a los horrores que les rodean. La prosa de Hugo hace un hermoso retrato de estos tres niños. Georgette, niña encantadora de unos dos años de edad, que arrastrándose de su cuna, va a recoger un rayo de sol.

El gran amador de los niños dice:

—Lo que un pájaro dice con sus gorjeos, lo dice un niño con su charla. Es el mismo himno; un himno indistinto, susurrante, profundo. Pero el niño tiene algo que no posee el pájaro: el sombrío destino humano ante sí. Por eso la tristeza de los hombres se mezcla con la alegría del niño. El más sublime canto que en la vida puede escucharse, es el balbuceo de la infancia. Esa confusa manifestación de pensamientos no bien definidos, ¿es una especie de apelación a la justicia eterna? ¿es una protesta proferida en el mundo antes de penetrar en él? Esta ignorancia que sonríe a lo infinito, se olvida de la suerte que ha de caber a los débiles. Luego, acoge mal las arbitrariedades del vivir.

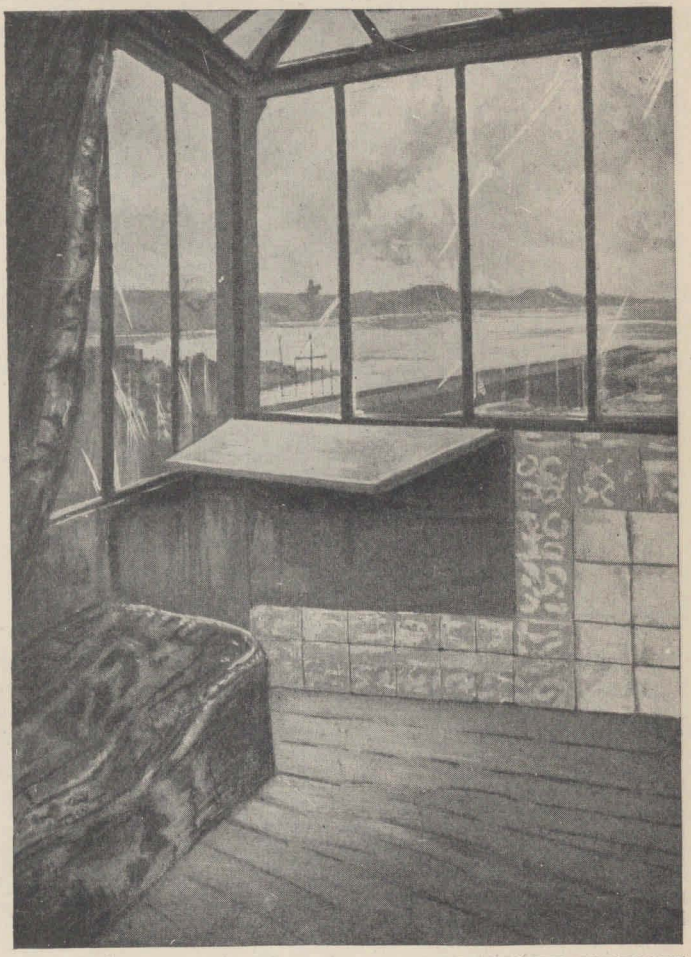
Sólo un hombre, que amaba y comprendía a los niños, podía escribir así. Hugo amaba a toda la humanidad. Odiaba las malas acciones y sobre todo, era inflexible para el poderoso que no practicaba el bien. Recibió del rey una pensión de 200 pesos oro al año y del Gobierno otra pensión de 400, pero ello no le impidió atacar al monarca.

Carlos X perdió su trono en 1830, mas la pensión de Hugo continuó. El vulgo se lo echó en cara, diciendo:

—¡Ah! Atacas al rey, pero aceptas sus favores.

—Los acepto, como remuneración de mi trabajo,—contestó Víctor. Pero ya que ello no place a todo el mundo, no volveré a aceptar un solo céntimo.

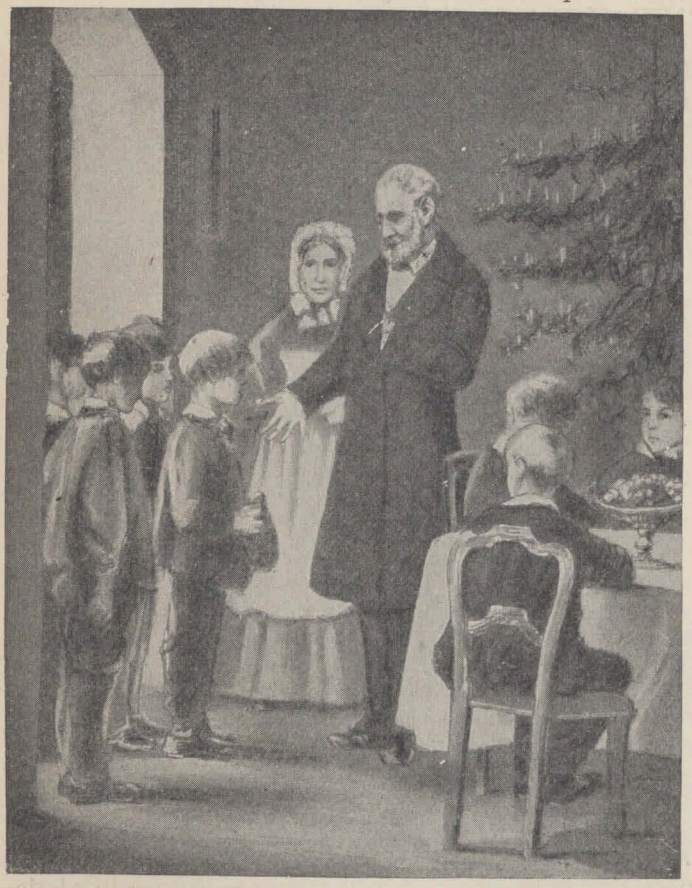
En vano se le dijo que, fuera como fuese, tenía siempre a su disposición la



UN RINCÓN DEL ESTUDIO DE HUGO EN SU CASA DE GUERNSEY
Escribió muchos libros de pie ante el pupitre adosado a la ventana que aparece en el grabado.

pensión. Hugo no volvió a aceptar un centavo más.

El cambio que su padre había previsto; tuvo lugar entonces; Hugo se había hecho republicano. En 1848, Francia había arrojado del trono a otro rey — Luis Felipe — y proclamaba la República.



HUGO EN UNA COMIDA DE LAS QUE SEMANALMENTE SOLÍA OFRECER A LOS NIÑOS POBRES

Víctor Hugo defendió con ardor las ideas republicanas, lo que le puso en entredicho a los ojos de Luis Napoleón, que vuelto a Francia, había conseguido hacerse nombrar presidente de la Asamblea, y bien pronto se coronó emperador, como su tío Napoleón I.

Hugo fué expulsado del territorio, y anduvo errante de un sitio a otro, entre ellos en Jersey y Guernsey, donde vivió muchos años.

Durante su destierro escribió algunas de sus grandes obras. En 1859 sus compatriotas le invitaron a volver a su patria e insistieron diez años después, pero se negó a hacerlo, mientras reinara Napoleón III. Sus admiradores dicen que si Hugo hubiese vuelto a Francia en 1869, su influencia hubiera sido tan grande que tal vez hubiera llegado a impedir el desgobierno de la nación, y la mina que sobre ella se cernía.

En 1870 estalló la guerra entre Francia y Alemania. Ocurrió la derrota de Francia, la prisión de Napoleón y su destierro a Inglaterra, donde murió. Los alemanes estaban sitiando París, cuando Hugo regresó a Francia.

Grandes calamidades cayeron sobre el gran escritor. Una hija suya y su marido se ahogaron, y un hijo murió después de terrible enfermedad. Sin embargo, no quedó solo.

Aun cuando fuera el publicista y orador más famoso de Francia, no dejaba de tener enemigos, como los tiene todo hombre. Se retiró a la vida privada, y si bien todavía escribió incidentalmente alguna carta que conmovía a Europa, o aparecía en público para pronunciar un discurso maravilloso, más que nada dedicóse a la poesía, a la novela y a más serios escritos.

Así vivía feliz y contento con los hijos que le quedaron y con sus nietos, siempre trabajando, sin dar jamás muestras de decaimiento.

En su septuagésimonono aniversario se le honró como no se hubiera hecho con un rey de Francia. Más de 100,000 personas que representaban a todas las

clases sociales, se congregaron en la Avenida de Eylau, donde vivía, para aclamarle. Las sociedades más importantes se hallaban representadas en aquella manifestación. Y de en medio de aquel conjunto de grandes hombres surgió un niñito a la cabeza de una manifestación infantil, para desear mil felicidades a Hugo y mil dichosas repeticiones de su aniversario.

Victor Hugo murió en Mayo de 1885, llorado por el mundo entero. Los mayores le admirarán siempre por el tesoro literario que con sus obras nos legó. Los niños le amarán porque él les amó.

Pensad en él cuando jugaba con sus sobrinitos Juanita y Jorge; pensad en él cuando dos veces por semana daba de comer a los niños pobres de Guernsey; y finalmente, pensad en él, cuando con tanto ingenio sabía organizar «nacimientos» para los niños en los días de Navidad.

La casa donde vivió en París, es ahora un Museo, que con respeto visitan sus admiradores. En las paredes se ven los retratos de sus hijos y nietos.

PENSAMIENTOS DE VÍCTOR HUGO

ENTRE el Gobierno que hace el mal y el pueblo que lo consiente, hay cierta solidaridad vergonzosa.

El hombre no debe ser gobernado sino por la ciencia.

El verdadero socialismo tiene por fin la elevación de las masas a la dignidad cívica, y por preocupación la reforma moral é intelectual.

La religión, la sociedad y la naturaleza, son las tres luchas y las tres necesidades del hombre.

Las revoluciones deben siempre marchar de prisa, porque el progreso no tiene tiempo que perder.

Antes arrancaréis el escollo del fondo del mar, que el derecho del corazón del pueblo.

Es menester no honrar irreflexivamente los palacios, ni despreciar irreflexivamente los presidios. El respeto público y la reprobación universal deben ser discutidos.

Nada sin la libertad bien entendida; la servidumbre es el alma ciega.

Decir «los hábiles» equivale á decir «las medianías»; del mismo modo que decir «los hombres de Estado» equivale algunas veces a decir «los traidores».

La justa insurrección es el acceso de furor de la verdad. A veces insurrección es resurrección.

Cuanto más sencillo es el pontífice, más sublime es el templo. El púlpito trocado en trono es impúdico; Jesús pobre y desnudo, reina.

La fraternidad, antes de ser el pensamiento del pueblo, era el pensamiento de Dios.

Negociador por delante, contrabandista por detrás; he aquí la historia de muchas fortunas.

Los volcanes arrojan piedras, y las revoluciones, hombres.

Sólo Dios es el que da al genio esas profundas luces de la verdad que nos deslumbran. Sabedlo bien, pensadores; después de cuatro mil años que la sabiduría humana viene soñando, no ha encontrado nada fuera de Él. Porque en la obscura e inextricable red de las filosofías inventadas por el hombre, aunque veáis resplandecer acá y allá algunas verdades eternas, guardaos bien de deducir que tienen el mismo origen y que esas verdades han nacido de esas filosofías. Sería error semejante al de las gentes que, al ver las estrellas a través de los árboles, imaginasen que eran las flores de aquellas negras ramas.

Jesús ha llorado, el renacimiento ha sonreído, y de aquella lágrima divina y de esta sonrisa humana se ha hecho la dulzura de la civilización actual.

No hay más que un poder; la conciencia, al servicio de la justicia; no hay más que una gloria: el genio, al servicio de la verdad.

En muchos casos el héroe no es más que una variedad del asesino.

La instrucción primaria obligatoria es el derecho del niño.